

Tradición de los primitivos y filosofía griega

LUIS M. SELIGMANN SILVA

Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza

No resulta extraño a quienes se hallan al tanto de las más recientes conquistas en el terreno arqueológico, así como para aquellos que posean noticia de las definitivas comprobaciones de la antropología y de la ciencia de las religiones comparadas, hablar ya con seguridad del monoteísmo de los pueblos primitivos.

Las más vetustas colecciones de tablillas cuneiformes descubiertas hasta nuestros días, aportan prueba definitiva acerca del monoteísmo como religión de los pueblos primitivos, y esta prueba no ha podido en modo alguno ser separada de aquella que atestigua la creencia universal en una vida futura. La prueba consta en general por escrito, y ya hoy ni se duda respecto al uso de caracteres gráficos y alfabéticos desde tiempos inmemoriales para dejar clara constancia de las creencias y hechos históricos fundamentales¹.

No ocurre de modo distinto con las sólidas investigaciones en el campo antropológico, y sobre todo tras la publicación de la voluminosa y meticulosa obra del profesor Wilhelm Schmidt, de Viena, del año 1912 en adelante².

Pero ha menester comprobar también el aporte, a nuestra manera de ver definitivo, realizado en el orden de las pruebas fehacientes por el mencionado profesor Schmidt, en el sentido de asociar la clara idea de Dios, en los pueblos primitivos, a la idea de Creación en su más elevada a la vez que profunda implicancia, hasta llegar a la verda-

¹ Cfr. Dr. LANGDON (Prof. de Asiriología, Univ. de Oxford), *The Mythology of all Races* Vol. V: *Semitic Mith.* Publ. for The Archaeological Institute of America; Marshall Jones Co., Boston, U.S.A. Y SIR CHARLES MARSTON, *La Biblia ha dicho la verdad*, Ed. Difusión Chilena; Col. Verbum.

² GUILLERMO SCHMIDT, *Origen y desarrollo de la religión. Hechos y teorías*, Methuen, 1931; *Der Ursprung der Gottesidee*, Vol. I. Münster de Westfalia, 1a. edic., 1912, 2a. ed. 1926, Vol. II, id. (30 de toda la obra), 1a. ed. 1929; Vol. III id. (40 de toda la obra), 1a. ed. 1932; Vol. V public.

dera creación desde la nada. Esta idea, que el correr del tiempo ha de oscurecer, y ha de caer en olvido para la inteligencia del hombre, reaparecerá en su plenitud con el Cristianismo. Primero como un aspecto fundamental de la prédica evangélica, fiel intérprete del recto e íntegro sentido de los concisos antecedentes del *Antiguo Testamento*; luego, con toda la precisión filosófica y toda la plenitud y riqueza teológica, en el pensamiento de Santo Tomás de Aquino¹.

Esto implica ser introducidos en un punto delicado, como es el discernir acerca del origen de la filosofía. La idea de creación de las cosas desde la nada no cupo en la mente filosófica del griego; éste no pudo llegar racionalmente a ella, y tampoco logró una asimilación fácil de la misma cuando la prédica de los Apóstoles, testimonios vivientes de la Verdad, se la propuso de manera cabal.

La mentalidad de los pueblos primitivos cobra así relieve como sólida y penetrante, tanto como para serle asequible el manejo de una idea clave de toda la filosofía medioeval y moderna. Muy lejos queda el prejuicio que considera a la mente primitiva como pre-lógica o pre-metafísica. Pues nada prueba el hecho (sin ratificación científica aún) de no haberse profundizado en el campo de las razones meramente naturales, suponiendo la hipótesis de una mera intuición del principio de la creación desde la nada, donde la confianza inmediata en el Dios creador y remunerador satisfacía hasta la noción más común —al igual que la más profunda— que la mente primitiva tenía de la verdad.

Queda de todo ello una disyuntiva definitiva en el orden histórico: o se acepta la existencia de una Revelación primitiva, una ciencia infusa en la mente del hombre tal como fué creado en el principio, ciencia que se hubo de borrar lentamente como consecuencia de una falta original del hombre mismo, hasta producir el estado totalmente pagano y decadente con que la circunstancia griega rodeó la aparición de sus esfuerzos filosóficos propiamente dichos; o Grecia no significa en el campo de la historia de la filosofía sino un último esfuerzo, y por cierto frustrado en la impotencia de lo natural para trascenderse, para recuperar la elevada sabiduría de que disfrutó la mente de los pueblos primitivos. Sabiduría que presupone una madu-

¹ Breve es el versículo del *Génesis*, y no deja lugar a dudas: En el principio Dios creó el cielo y la tierra; y le corresponde en el *Nuevo Testamento* los primeros versículos del *Evangelio* de San Juan, al imputar la acción creadora como cumplida por el Verbo de Dios, "por el cual fueron hechas todas las cosas y sin el cual no se ha hecho cosa alguna de cuantas han sido hechas". (S. Juan, I, 3).

rez jamás alcanzada en el nivel intelectual natural de los pueblos que precedieron inmediatamente —o menos mediatamente— a la manifestación del Redentor prometido en el libro del Génesis, al Verbo Encarnado.

Tres órdenes de comprobaciones exige la comparación de Grecia con los pueblos primitivos, base de la tesis sostenida en forma de mera disyuntiva aquí: primero, la descripción del estado religioso en ambos supuestos, estado que permite tener una idea de la actitud más sincera del hombre — considerado en la totalidad de sus posibilidades humanas más legítimas; segundo, la comparación de la semántica de las lenguas primitivas, con la de la lengua griega y otras de su tipo, sobre la base de una palabra que resume de modo generalmente definitivo la impresión del hombre sobre cuanto le rodea: el vocablo *verdad*; y por último, la comparación de la mentalidad filosófica en ambos, en base a una breve consideración acerca del modo peculiar de aproximarse a las cosas, propio del griego, frente al modo peculiar de organizar todas las cosas partiendo del Ser Supremo, propio de la mentalidad primitiva.

Estado religioso

En la mente primitiva, no se concibe lo natural de manera sobrenatural, sino al contrario, lo sobrenatural de modo natural¹. Cuando el pensamiento del hombre primitivo aún no se había fraccionado y empequeñecido por el desarrollo de la magia y otras causas, la creencia en un solo dios, el gran dios, se acompañaba —junto a la noción de Dios creador y formador de todas las cosas— de la caracterización como guardián de las costumbres de la tribu, custodio del orden social y ético. Los hechos constituyentes de la religión de la cultura primitiva, que no pueden ser interpretados sino como una unión orgánica de mutuas influencias, satisfacen también el conjunto de las necesidades interiores del hombre: no solamente las necesidades afectivas, éticas y sociales, sino de modo más eminente las necesidades racionales de causa (que confluyen en la unidad causal del ser supremo) y las referentes a los dos problemas fundamentales del tiempo y el espacio (dominados ambos por ese mismo ser supremo)².

¹ Cfr. F. GRAEBNER, *La imagen del mundo en los primitivos*, Munich, 1924, p. 16 ss. Vide *Manual de Historia comparada de las Religiones*, trad. castellana, ed. Espasa-Calpe, Bilbao, 1932, p. 261 y ss.

² Cfr. SCHMIDT, *Manual...*, cit., p. 263-264.

Mas a partir de esta valoración de la situación religiosa del primitivo, asaz sólida, se contemplan tres evoluciones paralelas independientes en los círculos de cultura primaria: el matriarcal agrario, donde resalta la importancia de la mujer y el cultivo de la tierra por ella, que degeneró en el culto de la "madre tierra" y la mitología lunar; el totémico patriarcal, donde por el progreso de los armamentos y la caza colectiva se llegó a la creencia mágica activa, y en la consideración de la fuerza solar se llegó a la mitología solar. Y por último, el círculo de cultura ganadero patriarcal de los pueblos nómadas pastores, donde si bien el culto del alto dios del cielo de la cultura primitiva permaneció, el contacto con él se confió a subódenes diversos de seres superiores: fué condición para el desarrollo total del culto de los antepasados y de los héroes, y germen del desarrollo de la mitología de la naturaleza, especialmente la mitología astral.

Con la mezcla de círculos culturales de donde resultaron las culturas secundarias y terciarias, aumentó la pluralidad de seres supremos, con su consecuencia natural: el animismo, el fetichismo, el manismo y la magia.

Al margen del brillo exterior prosperó una íntima corrupción de lo substancial, que se nos aparece de modo cabal en la divinización de lo inmoral y lo antisocial.

En total discordancia con el modo de ser primitivo, hallamos la religión —si así puede llamarse— del griego. Su tendencia a deificar lo humano coincide con una característica decadencia moral y religiosa, que fué facilitada por ese escepticismo connatural al griego, tan claramente expresado por la típica tragedia griega. Este antropomorfismo mítico sucumbirá luego definitivamente por la influencia del Evemerismo, o sea la tendencia a destruir lo divino mediante su mera interpretación racional. Finalmente, cuando la filosofía griega se transforma en una actitud religiosa, para combatir desde su radical e impotente inmanencia al íntegro desafío que le lanza el cristiano desde su actitud trascendente; entonces la actitud religiosa del griego se abatirá y diluirá en un sincretismo que, al par que facilite la fusión de modalidades tan distintas, propiciará la difusión del helenismo agonizante.

De donde, a la inversa de la actitud primitiva, que consideró como natural lo sobrenatural, la actitud griega consiste en ponerse frente a lo natural confiándole una sobrenaturaleza, o sea *considerar*

lo natural como sobrenatural, sin poder en momento alguno de su historia filosófica desahogarse de su impotente y radical inmanencia.

La ciudad, la πόλις, fué para el griego el centro de toda preocupación, la religiosa inclusive; y el filósofo su modelo de sabiduría, su tipo de perfección, porque fué el creador, hasta donde al griego pudo comprender la creación¹.

En cuanto a la depravación moral se refiere, baste citar algún pasaje tocante a la mujer; pues en el trato con ella siente el hombre de modo más inmediato los efectos revolucionarios de su propia caída. En palabras atribuidas a Demóstenes, dijeron por su boca los griegos ante un tribunal: “Tenemos cortesanas para nuestros placeres, concubinas para compartir nuestro lecho, esposas para darnos hijos legítimos y velar por la casa”².

Comparación semántica.

Una breve cita acerca de las lenguas primitivas, y en torno al vocablo “verdad”, nos muestra esa confianza, esa fe que excluye la necesidad inmediata de un filosofar urgente al modo del griego. Recuerda Zubiri³ que la idea misma de verdad halla expresión primaria en otras voces que la “ἀλήθεια”, o patentización de las cosas, de los griegos. El latín, el celta y el germánico expresan la idea de verdad con base de una raíz —*uero*—, cuyo sentido original es difícil de precisar; se encuentra como segundo término de un compuesto en latín *se-verus* (*sed-verus*), “estricto, serio”, lo que permitiría suponer que —*uero*— significaría confiar alegremente; de donde —*heorte*—, fiesta. La verdad es la propiedad de algo que merece confianza, seguridad. Igual proceso semántico se da en las lenguas semíticas. En hebreo, ‘*aman*, “ser de fiar”; en hiph., “confiar”, dió ‘*emunah*, “fidelidad, firmeza”; ‘*amen*, “verdaderamente, así sea”; ‘*emeth*, “fidelidad, verdad”; en akadio, *ammatu*, “fundamento firme”; tal vez *emtu* (Amarna), “verdad”.

¹ Aquí sigo a J. R. SEPICH, *Los Padres de Occidente*. En separata de la Revista *Sapientia*. (La Plata).

² R. DARESTE, *Las defensas civiles de Demóstenes*, T. II, p. 310; *Discurso vs. Neera*, 122; atrib. a Demóstenes, pero que según V. DURUY, *Historia de los Griegos* T. III, p. 16, nota q. cit., pertenece a Apolodoro.

³ Aquí sigo casi textualmente a XAVIER ZUBIRI, *Naturaleza, Historia, Dios*; Madrid, MCMXLIV, pág. 29, nota (1). Erudita nota semántica al respecto.

En cambio, el sentido de la verdad en lengua griega nos revela un aspecto muy distinto al entrevisto en las lenguas primitivas, sobre todo en las semíticas. Donde la verdad para los primitivos se expresaba por la confianza alegre en la firmeza de la existencia misma de las cosas y el hombre, la verdad del griego se halla vinculada etimológicamente a algo que no ha caído en olvido, a la patentización o patencia de un recuerdo. Eso significa “ἀλήθεια” (del adjetivo ἀληθής, que deriva de λῆθος, λᾶθος, que significa olvido). Tanto el griego como el indoiranio parten de la raíz —es—, “ser”. Para el griego la verdad es la propiedad, verificable, de ser real.

Ya se columbra el distinto punto de partida obligado para primitivos y griegos, a través de la semántica de sus lenguas. El primitivo partirá desde la confiada y firme presencia del Ser Supremo hasta la organización de las cosas que se le proponen; el griego, con su filosofía, tratará de llegar desde las cosas, en dos direcciones, al ser de las cosas mismas, y a la causa extrínseca de todas ellas y su movimiento. Sin lograr la totalidad del intento mencionado en segundo término, porque no logró la noción cabal de creación desde la nada, llave para su posible trascendencia.

Comparación filosófica

El hombre, a la inversa del animal, pone algo de sí cuando conoce las cosas. Al pensar, ve primero —al contacto con las cosas— cómo existen, lo que ellas poseen. Mas luego se aleja, y en la reflexión ve lo que las cosas realmente son. Al margen de esta observación, recordemos con Zubiri, que el griego sólo alcanzó a ver uno de los aspectos que la realidad vivida posee: vió los actos como potencias de su naturaleza. Mas luego han sido sus historiadores quienes olvidaron medir con relativa exactitud las posibilidades de que dispuso. Y esas posibilidades, que condicionaron la existencia misma de cosas —tanto para el griego como para el primitivo— pusieron en marcha un modo peculiar de acercarse a esas cosas. Si las cosas no ofrecen la misma resistencia a la inteligencia del hombre —y no solamente a su esfuerzo laboral manual—, este hombre se ubicará también de modo diverso.

Es por ello que no se aproximó el primitivo de igual modo que el griego a la realidad. Partiendo de un sólido y eficaz monoteísmo, el hombre-primitivo se encaminó por la ruta filosófica —presumible-

mente—, que va del Ser Supremo hasta la naturaleza creada; en cambio el griego, perdido en la maraña de su antropomorfismo mítico, se encaminó por la ruta inversa, que va desde la naturaleza al ser.

Pero esta consideración no implica la ausencia de filosofía en la mente primitiva; sólo pone en la disyuntiva de conocer cuál es el origen de la elevada noción del ser en los primitivos: o una revelación primitiva originaria con el hombre mismo, o un maduro proceso intelectual aún desconocido, pero muy superior al de la mente griega.

Al respecto informa Graebner¹, insinuando el camino seguido hasta la elevada concepción monoteística y de creación desde la nada en los primitivos: “Evidentemente se trata en estos casos de asociaciones extraordinariamente fijas, *obtenidas por la experiencia*, entre determinadas causas y efectos, tan fijas que al presentarse determinados efectos entran en la conciencia determinadas relaciones causales, aún más allá de la experiencia”. Se ve con claridad cómo en la concepción del mundo propia de los primitivos, la creencia en un solo Dios, fundada en el pensamiento universal y lógico-causal era tema capital. La idea de causa primera se vinculó al Dios supremo mediante el fenómeno, tan real y sugestivo, del sol. Es el sol, quien, por la mañana, hace de nuevo aparecer con claridad todas las cosas. En cierto modo las crea de nuevo todas las mañanas².

De modo cabalmente distinto encara las cosas el griego. Su resistencia —claramente expuesta en la tragedia que es su genuina creación— se halla motivada por ese estar inmerso en las cosas, por ese ver-se en las cosas, por ese trágico destino que la inmanencia plantea a todo hombre consciente. No creemos que la audacia griega consista en encabezarse la lista del pensamiento especulativo en la historia del hombre: sino que la situación griega permitió la típica especulación del que sólo tiene la sabiduría humana, la sola razón natural, para surgir de entre su propia miseria.

Bien observa Zubiri³ el paulatino desarrollo de la madurez intelectual griega. Los jónicos no descubren la idea de naturaleza: primero descubren algo, que decantará en la inteligencia de sus sucesores, los sucesores de los jónicos, el problema de una naturaleza, de una φύσις. El tanteo de los jónicos descubre que las cosas, no sólo se

¹ Op. cit., p. 17.

² Cfr. SCHMIDT, *Manual . . .*, cit., p. 264.

³ Op. cit., p. 418.

hallan dotadas de elementos químicos o físicos, sino que también poseen “de suyo”, como “en propiedad”, todo o algo del mundo físico-químico. Un siglo después, aquello que las cosas “naturalmente” poseen y presentan, decanta en la inteligencia del filósofo un nuevo problema: las cosas no tienen, en realidad, naturaleza, sino que son naturaleza. Ser cosa consistirá precisamente en poseer de sí el conjunto de notas que constituyen tal naturaleza.

A esta altura nacen dos vertientes de tal naturaleza: una extrínseca a la cosa, que se refiere a las acciones de esa cosa sobre las demás, el orden de la causalidad extrínseca; otra que se introduce en la cosa misma y constituye su ámbito interno. Esto último recibe el nombre de substancia, y es en Aristóteles la culminación de su idea de ser. El movimiento mismo será para la mente madura de Grecia —con el Estagirita— una forma del ser: el paso de una manera de ser a otra. Sólo aparece en la razón probada del griego una realidad afectada formal y positivamente por algún no ser: es la idea de la potencia. Por eso no cabe en el pensamiento helénico la creación desde la nada, desde el no ser; eso repugnaría su lógica. Apenas si se concibe al primer motor inmóvil, origen de todo movimiento, porque éste no consiste en pasar del no ser al ser. Pero no se alcanza la posibilidad de la creación de las mismas cosas movidas, desde la nada, en el orden de la causalidad sucesiva en Aristóteles.

Aquí es donde el pensamiento nuevo y eterno, el pensamiento cristiano, se vincula a la mentalidad primitiva de algún modo, al mismo tiempo que vence para siempre la vieja mentalidad griega. Pero será necesario esperar la madurez filosófica que culmina en Santo Tomás de Aquino, para que la teología, fruto inmediato de la sabiduría divina, fuerce el paso de la razón natural hasta la admisión de que no repugna a la Causa primera la creación *ex-nihilo* y *ab-aeterno*, y que por ello resulta más conveniente la aceptación de este criterio. El esfuerzo de tantos siglos permite valorar ahora la mentalidad de los pueblos primitivos de otra manera, y juzgar de otro modo acerca del origen de la filosofía.

El Dios sólo supremo en el orden del ser, el ordenador, el demiurgo que llega a ordenar lo que preexiste a su acción, que no puede superar el paso del no ser absoluto al ser y al mismo tiempo hacer subsistir al cosmos en una existencia íntimamente participada y todavía perfectamente distinta. Ese Dios que no ama ni crea por amor, porque

el amor del pagano es sólo el acto del inferior hacia el superior, es sólo el fruto de una necesidad íntima no satisfecha, y eso no lo conciben en Dios. Ese es el Dios que puede admitir la mente griega, por ello resignada a no ver la bondad última de la materia y su dependencia de la acción de Dios. Necesariamente quedaron sumergidos en aquello que —en ellos y fuera de ellos— no había sido engendrado en la acción de Dios y por ende no dependería de El, perecieron trágicamente los griegos en su impotente inmanencia. “Caída la trascendencia absoluta de la acción de Dios, cae necesariamente la trascendencia del bien moral sobre el bien político, la trascendencia de la relación inmediata del hombre con su Dios sobre la relación del hombre con el poder político”¹.

Nueva grandeza adquiere la tradición primitiva al considerar su situación frente a la del pueblo griego, proponiendo el dilema de cambiar de opinión acerca del origen de la filosofía, o aceptar el criterio más probable que nos recuerda el libro del Génesis al proclamar el origen de la ciencia del primer hombre.

Una última observación, marginal ya. Cuál no sería la importancia del desarrollo de la mentalidad primitiva, a pesar de la opinión de Levy-Bruhl, teniendo como base la trascendencia creadora y providente de Dios, cuando, al decir de un ilustre filósofo moderno, “la idea judeo cristiana de un solo Dios Creador y su triunfo sobre la religión y la metafísica de la Antigüedad ha sido la condición primordial, sin duda alguna, del magnífico empuje de las ciencias de la naturaleza en Occidente”². Y agrega, para aclarar, que “esta desdivinización” —digamos— de la naturaleza, y por tanto la preparación a las investigaciones realmente objetivas y científicas, han sido un acontecimiento de sin igual importancia en la historia de la ciencia de Occidente”³.

¹ Vide Mgr. JOSÉ CANOVAL, *La Realeza de Cristo en la encíclica Quas Primas*. Ed. en Buenos Aires. 1941. Le pertenece también el pensamiento.

² MAX SCHELER, *Die Wissensformen und die Gesellschaft*, Leipzig, 1926, pág. 74.

³ *id.*